



Sólo un imperio en decadencia sería tan ciego como para vitorear a Netanyahu y su genocidio

JONATHAN COOK :: 01/08/2024

Hamás no puede ser «eliminado» mediante el actual brote de horripilante violencia israelí por una razón muy obvia: es un producto, un síntoma, de anteriores brotes de horripilante violencia israelí

[En la foto: Manifestantes propalestinos queman una efigie del primer ministro israelí Benjamin Netanyahu en Washington, DC, el 24 de julio de 2024]

26 de julio.- Todos los imperios caen. Su colapso se hace inevitable una vez que sus gobernantes pierden todo sentido de lo absurdos y aborrecibles que se han vuelto

Sólo hay un país en el mundo en este momento, en medio de la matanza de Israel en Gaza, donde el primer ministro Benjamin Netanyahu tiene garantizadas docenas de ovaciones de la gran mayoría de sus representantes electos.

Ese país no es Israel, donde Netanyahu ha sido una figura enormemente divisiva durante muchos años. Es EEUU.

El miércoles, Netanyahu recibió palmadas en la espalda, palmadas de alegría, gritos de júbilo y vítores mientras se dirigía lentamente -aclamado a cada paso como un héroe conquistador- al estrado del Congreso estadounidense.

Se trataba del mismo Netanyahu que ha supervisado durante los últimos 10 meses la matanza -hasta el momento- de unos 40.000 palestinos, aproximadamente la mitad de ellos mujeres y niños. Se ha informado de la desaparición de más de 21.000 niños, la mayoría de ellos probablemente muertos bajo los escombros.

Fue el mismo Netanyahu que arrasó una franja de territorio -originalmente hogar de 2,3 millones de palestinos- cuya reconstrucción se prevé que llevará 80 años , con un coste de al menos 50.000 millones de dólares estadounidenses.

Fue el mismo Netanyahu que ha destruido todos los hospitales y universidades de Gaza, y bombardeado casi todas sus escuelas que servían de refugio a familias que se habían quedado sin hogar a causa de otras bombas israelíes.

Fue el mismo Netanyahu cuya detención solicita el fiscal jefe del Tribunal Penal Internacional Tribunal Penal Internacional por crímenes contra la humanidad, acusado de utilizar el hambre como arma de guerra al imponer un bloqueo de la ayuda, que ha provocado una hambruna en Gaza.

Fue el mismo Netanyahu cuyo gobierno fue declarado la semana pasada por la Corte Internacional de Justicia (CIJ) culpable de haber intensificado el régimen de apartheid de Israel sobre el pueblo palestino en un acto de agresión a largo plazo.

Era el mismo Netanyahu cuyo gobierno está siendo juzgado por cometer lo que la CIJ, el máximo órgano judicial del mundo ha calificado de «*genocidio plausible*».

Y, sin embargo, sólo había una manifestante visible en la cámara del Congreso. Rashida Tlaib, la única legisladora estadounidense de ascendencia palestina estaba sentada en silencio agarrando un pequeño cartel negro. En un lado ponía: «Criminal de guerra». En el otro: «Culpable de genocidio».

Una persona entre cientos que intentaba silenciosamente señalar que el emperador estaba desnudo.

A salvo del horror

De hecho, la óptica era cruda.

Se parecía menos a la visita de un dirigente extranjero que a la de un condecorado general anciano que era recibido de nuevo en el Senado en la antigua Roma, o a la de un canoso virrey británico de la India abrazado en el parlamento de la madre patria, tras someter brutalmente a los «*bárbaros*» en los confines del imperio.

Era una escena familiar de los libros de historia: de brutalidad imperial y salvajismo colonial, refundida por la sede del imperio como valor, honor, civilización. Y parecía tan absurdo y detestable como cuando recordamos lo que ocurrió hace 200 ó 2.000 años.

Netanyahu se ha convertido en el dirigente extranjero más aclamado de la historia de EEUU... Es plenamente la criatura de Washington. Su salvajismo, su monstruosidad es enteramente made in America

Fue un recordatorio de que, a pesar de nuestras autocomplacientes pretensiones de progreso y humanitarismo, nuestro mundo no es muy diferente de cómo ha sido durante miles de años.

Fue un recordatorio de que a las élites del poder les gusta celebrar la demostración de su poder, protegidas tanto de los horrores a los que se enfrentan quienes son aplastados por su poder como del clamor de protesta de quienes se horrorizan ante la imposición de tanto sufrimiento.

Fue un recordatorio de que no se trata de una «guerra» entre Israel y Hamás, y mucho menos, como Netanyahu quiere hacernos creer, de una batalla por la civilización entre el mundo judeocristiano y el mundo islámico.

Se trata de una guerra imperial estadounidense -parte de su campaña militar por el «dominio global de espectro completo»- llevada a cabo por el Estado cliente más favorecido de Washington.

El genocidio es plenamente un genocidio estadounidense, armado por Washington, pagado por Washington, amparado diplomáticamente por Washington y -como subrayaron las escenas en el Congreso- jaleado por Washington.

O como declaró Netanyahu en un momento de franqueza involuntaria ante el Congreso: «*Nuestros enemigos son vuestros enemigos, nuestra lucha es vuestra lucha, y nuestra victoria será vuestra victoria*».

Israel es el mayor puesto militar de Washington en Oriente Medio, rico en petróleo. El ejército israelí es el principal batallón del Pentágono en esa región de importancia estratégica. Y Netanyahu es el comandante en jefe del puesto avanzado.

Lo que es vital para las élites de Washington es que el puesto avanzado sea apoyado a toda costa; que no caiga en manos de los «*bárbaros*».

Lluvia de mentiras

Hubo otro pequeño momento de verdad inadvertida en medio del torrente de mentiras de Netanyahu. El primer ministro israelí afirmó que lo que estaba ocurriendo en Gaza era «*un choque entre la barbarie y la civilización*». No se equivocaba.

Por un lado, está la barbarie del actual genocidio conjunto israelí-estadounidense contra el pueblo de Gaza, una dramática escalada de los 17 años de asedio israelí del enclave que lo precedieron, y las décadas de gobierno beligerante bajo un sistema israelí de apartheid antes de eso.

Y en el otro lado, están los pocos asediados que intentan desesperadamente *salvaguardar los supuestos valores occidentales de «civilización», de derecho internacional humanitario, de protección de los débiles y vulnerables, de los derechos de los niños.*

El Congreso estadounidense demostró decisivamente cuál era su postura: *con la barbarie.*

Netanyahu se ha convertido en el dirigente extranjero más agasajado de la historia de EEUU, invitado a hablar ante el Congreso cuatro veces, superando incluso al líder Británico en tiempos de guerra, Winston Churchill.

Es plenamente la criatura de Washington. Su salvajismo, su monstruosidad, son enteramente "made in America". Como imploró a sus manipuladores estadounidenses «*Dadnos las herramientas más rápido y acabaremos el trabajo más rápido*».

Acabar el trabajo del genocidio.

Disidencia performativa

Algunos demócratas prefirieron mantenerse al margen, entre ellos la poderosa Nancy Pelosi. En su lugar, se reunió con familias de rehenes israelíes retenidos en Gaza -no, por supuesto, con familias palestinas cuyos seres queridos en Gaza habían sido masacrados por Israel-.

La vicepresidenta Kamala Harris explicó su propia ausencia como un conflicto de agenda. El jueves se reunió con el primer ministro israelí, al igual que el presidente Joe Biden.

Después, afirmó haber presionado a Netanyahu sobre la «*terrible*» situación humanitaria en

Gaza, pero también subrayó que Israel «*tenía derecho a defenderse*», un derecho que Israel no tiene específicamente, como señaló la CIJ la semana pasada, porque Israel es quien viola permanentemente los derechos de los palestinos mediante su prolongada ocupación, su régimen de apartheid y su limpieza étnica.

La política estadounidense hacia Israel no ha cambiado en ningún sentido significativo desde hace décadas, independientemente de que el presidente haya sido rojo o azul.

Pero la disidencia de Pelosi -y de Harris, si es que fue eso- fue puramente performativa. Es cierto que no sienten ningún amor personal por Netanyahu, que tan estrechamente se ha aliado a sí mismo y a su gobierno con la derecha republicana estadounidense y con el ex presidente Donald Trump.

Pero Netanyahu sirve simplemente de coartada. Tanto Pelosi como Harris son partidarias incondicionales de Israel, un Estado que, según la sentencia de la CIJ de la semana pasada, instauró hace décadas un régimen de apartheid en los territorios palestinos, utilizando una ocupación ilegal como tapadera para limpiar étnicamente a la población de allí.

Su agenda política no consiste en poner fin a la aniquilación de la población de Gaza. Se trata de actuar como válvula de escape para el descontento popular entre los votantes demócratas tradicionales conmocionados por las escenas de Gaza.

Se trata de engañarles para que imaginen que, a puerta cerrada, existe algún tipo de lucha política sobre la gestión israelí de la cuestión palestina. Que votar a los demócratas conducirá algún día -un día muy lejano- a una «paz» indefinida, a una legendaria «*solución de dos Estados*» en la que los niños palestinos no seguirán muriendo en aras de preservar la seguridad de las ilegales milicias de colonos israelíes.

La política estadounidense hacia Israel no ha cambiado en ningún sentido significativo desde hace décadas, independientemente de que el presidente haya sido rojo o azul, de que Trump haya estado en la Casa Blanca o Barack Obama.

Y si Harris se convierte en presidente -hay que admitir que es un gran «si»-, las armas y el dinero estadounidenses seguirán fluyendo hacia Israel, mientras que Israel decidirá si se permite alguna vez la entrada de ayuda estadounidense a Gaza.

¿Por qué? Porque Israel es el eje de un proyecto imperial estadounidense de dominio global de espectro completo. Porque para que Washington cambie de rumbo respecto a Israel, también tendría que hacer otras cosas impensables.

Tendría que empezar a dismantelar sus 800 bases militares en todo el planeta, del mismo modo que la CIJ ordenó a Israel la semana pasada que dismantelara sus decenas de asentamientos ilegales en territorio palestino.

EEUU tendría que acordar una arquitectura de seguridad global compartida con China y Rusia, en lugar de tratar de intimidar y someter a estas grandes potencias con sangrientas guerras por poderes, como la de Ucrania.

La próxima caída

Pelosi, recuérdalo, difamó a los estudiantes de los campus de EEUU que protestaban contra el plausible genocidio de Israel en Gaza por estar vinculados a Rusia. Instó al FBI a que los investigara por presionar al gobierno de Biden para que apoyara un alto el fuego.

Netanyahu, en su discurso ante el Congreso, demonizó igualmente a los manifestantes -en su caso, acusándoles de ser «idiotas útiles» del principal enemigo de Israel, Irán.

Ninguno de los dos puede permitirse el lujo de reconocer que millones de personas corrientes de todo EEUU piensan que está mal bombardear y matar de hambre a los niños, y utilizar una guerra con un objetivo inalcanzable como tapadera.

Hamás no puede ser «eliminado» mediante el actual brote de horripilante violencia israelí por una razón muy obvia: es un producto, un síntoma, de anteriores brotes de horripilante violencia israelí.

Como han tenido que reconocer incluso los expertos occidentales en contraterrorismo, las políticas genocidas de Israel en Gaza están fortaleciendo a Hamás, no debilitándolo. Los hombres y niños que pierden a su familia por las bombas israelíes son los nuevos reclutas más fervientes de Hamás.

Por eso Netanyahu insistió en que la ofensiva militar de Israel -*el genocidio*- en Gaza no podía terminar pronto. Exigió armas y dinero para mantener indefinidamente a sus soldados en el enclave, en una operación que calificó de «*desmilitarización y desradicalización*».

Los gobernantes del Imperio Romano no previeron la caída inminente, al igual que sus homólogos modernos en Washington no pueden preverla.

Descodificado, eso significa un espectáculo de horror continuo para los palestinos de allí, que se ven obligados a seguir viviendo y muriendo con un bloqueo de ayuda israelí, hambre, bombas y «zonas de exterminio» sin marcar.

Significa también un riesgo indefinido de que la guerra de Israel contra Gaza se convierta en una guerra regional y, potencialmente, en una guerra mundial, a medida que aumentan las trampas para la escalada.

El Congreso de EEUU, sin embargo, está demasiado cegado por la defensa de su pequeño Estado fortificado en Oriente Medio como para pensar en tales complejidades. Sus miembros rugen «¡USA!» a su sátrapa de Israel, igual que antaño los senadores romanos rugían «¡Gloria!» a los generales cuyas victorias suponían que continuarían para siempre.

Los gobernantes del imperio romano no previeron la caída inminente, al igual que sus homólogos modernos en Washington tampoco pueden verla.

Pero todos los imperios caen. Y su colapso se vuelve inevitable una vez que sus gobernantes pierden toda noción de lo absurdos y aborrecibles que se han vuelto.

Middle East Eye / observatoriodetrabajadores.wordpress.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/solo-un-imperio-en-decadencia>